

3. Más dramática y peregrina fué la conversión de los hiaquis, que empezó el año 1617 (1). El río Hiaqui nace en las serranías de los taramaques, muy cerca de la frontera septentrional de la actual República mejicana. Desciende primero de Norte a Sur, y luego, torciendo al Sudoeste, corre paralelo al río Mayo hasta desaguar en el golfo de California. En las orillas de este río vivían los indios a quienes se designaba con el mismo nombre, formando una tribu más numerosa que todas las circunvecinas, pues según se supo, podía poner en armas hasta 8.000 hombres. La primera noticia que se tuvo de estos indios fué el año 1607, con ocasión de que algunos apóstatas del pueblo de Ocoroni, en Cinaloa, huyeron hacia el Norte y se guarecieron entre los hiaquis, para defenderse de la persecución de los españoles. Informado el capitán Hurdaide de la madriguera que habían escogido los apóstatas, juzgó necesario desalojarlos de aquel puesto. Armó unos 30 españoles, y con algunos indios amigos encaminóse hacia el Norte y asentó sus reales a la orilla del río Hiaqui (2). Los indios no se le acercaron. Él les envió algunos mensajeros que sabían su lengua, y les rogó que le entregasen los fugitivos ocoronis, y les ofreció la amistad y paz de los españoles. Respondieron los indios, sin acercarse ninguno de ellos, que ni entregaban los fugitivos ni querían amistad ninguna con España. No tenía entonces el capitán las fuerzas necesarias para emprender una guerra con aquellos pueblos, y por eso, habiendo cautivado algunos hiaquis, se volvió a Cinaloa sin ser molestado por nadie, aunque a lo lejos divisaba a los enemigos, que con cara hosca y las armas en la mano le veían partirse.

Pasaron algunos años, y repitiéndose la fuga de algunos apóstatas a la misma región, creyó el capitán que era necesario emprender una campaña seria contra los hiaquis. Reunió 40 soldados, juntó unos 2.000 indios amigos y se adelantó hasta el río Hiaqui, donde asentó su real como la otra vez. Envió mensajeros de paz, pero la respuesta que recibió fué venir un grande ejército de indios, que acometieron atropelladamente el real de los españoles. El capitán con su gente resistió primero los ataques y luego salió a batalla con el denuedo

(1) Todo el episodio que sigue de las guerras y conversión de los hiaquis, los tomamos del P. Rivas, que ejecutó la obra, trabajando en ella tres años de 1617 a 1620, y después la escribió en su *Historia de las misiones*, dedicando el libro V de la obra a esta curiosa narración. Debemos deplorar que el P. Rivas sea tan negligente en precisar la cronología de los hechos que refiere.

(2) Rivas, *ibid.*, c. 2.

característico de los antiguos aventureros españoles en Indias. Peleóse con encarnizamiento durante todo el día, y observó el capitán que estos indios eran los más bravos y aguerridos que había encontrado hasta entonces en todo el territorio de Nueva España. Mató muchos hiaquis, cogió algunos prisioneros; pero viendo la tenacidad con que peleaba el enemigo, y que sería peligroso prolongar la guerra, se retiró de nuevo a Cinaloa, llevándose algunos cautivos (1).

Por fin en el verano de 1616 (2) dispuso el capitán tercera jornada, deseando que fuese decisiva para dominar por las armas o para entablar algún género de alianza con aquel pueblo tan valeroso. Pudo reunir 50 españoles con otros tantos caballos de armas, juntó de las naciones amigas y cristianas hasta 4.000 indios, y proveyéndose de bastimentos y bagajes para mucho tiempo, penetró como antes hasta el río Hiaqui. Esta vez le salieron a combatir todos los indios de aquel pueblo, en una masa compacta y en número, a lo que pudo calcular el capitán, de 7 u 8.000 hombres. Acometió este ejército a los españoles e indios cristianos con tan grande ímpetu y algarazara, y con tanta flechería, que se vieron éstos en gravísimo peligro. Por más hiaquis que mataban los españoles, nadie cedía, y durante largo tiempo siguió pertinaz y reñida la batalla. Observó el capitán que no podía sostenerse en aquel puesto, y dispuso retirarse a otro mejor. Mandó al sargento que empezase la retirada con la mitad de los españoles. En pos de él debían seguir los indios amigos; y Hurdaide, con 22 españoles se quedó a la retaguardia, resistiendo a los contrarios. Sucedió, empero, que al atravesar un valle no muy ancho y lleno de árboles, los hiaquis, conocedores del terreno, se adelantaron por un lado y cayeron de golpe sobre los indios amigos, que iban en medio. Dispersáronse éstos en la más espantosa confusión; el sargento y los españoles, que caminaban en la vanguardia, creyeron que el capitán había sido envuelto y quedaba muerto por los enemigos. Al instante picaron los caballos, y rompiéndoles las armaduras para aligerarlos, corrieron cuanto pudieron hacia Cinaloa, llevando la noticia de que el capitán

(1) Rivas, *ibid.*

(2) No indica el P. Rivas la fecha del suceso, como de ningún otro de los que refiere en los cinco primeros capítulos de su libro. La época de la batalla que sigue, la inferimos de lo que dice el P. Rivas en el capítulo 14, donde, narrando la entrada pacífica que el capitán Hurdaide hizo a los hiaquis ya convertidos, recuerda la gran batalla que había tenido con ellos *menos de dos años antes*. Como esa entrada ocurrió en 1618, infiérese que la batalla fué en la primavera o el verano de 1616. El P. Alegre (t. II, pág. 35) pone el hecho en el año 1610. Parece claro error.



Hurdaide había quedado muerto con sus 22 soldados en aquella fiera batalla.

Peligrosa en verdad fué la situación en que se vió nuestro capitán. Sin embargo, no perdió la presencia de ánimo en tan duro trance. Observando cerca del camino una loma pelada donde se podría defender, mandó a los españoles que se enderezasen a aquella posición ventajosa; llegó a la cumbre con sus 22 españoles y un solo indio que le había quedado. La multitud de los hiaquis se acercó a aquel puesto, pero no se atrevían a llegarse al punto donde estaban los españoles. Disparaban numerosas flechas, y el capitán mandó al indio que las fuese rompiendo por la mitad para que no pudieran servir otra vez. A los españoles encargó que no disparasen los arcabuces sino cuando y a quien él dijese, para no gastar inútilmente las municiones. Así continuaron todo el día. De tiempo en tiempo se acercaban algunos grupos de hiaquis para acometer; el capitán mandaba disparar, y los soldados no perdían bala en aquellas masas compactas de indios tan cercanos. A todo esto fatigaba el calor y la sed a los españoles, tanto, que para tomar algún refrigerio metían los soldados una bala en la boca, y de este modo mitigaban la sed que les abrasaba. Llegó la noche, y entonces recurrió el capitán a un ardid de guerra que le dió felicísimo resultado. Entre los caballos estaban algunos heridos, y desde aquella loma se divisaba a lo lejos el río Hiaquí. Pensó que soltando los caballos, correrían, como suelen, a beber al río; y habiendo mandado a los soldados estar dispuestos para partir a media noche, soltó algunos de sus caballos. Corrieron ellos relinchando hacia las aguas, y la gran multitud de hiaquis, pensando que allí iban los españoles, se levantaron y volaron en alcance de aquellos caballos, a los cuales no pudieron coger hasta que ya estaban en el mismo río. Entretanto, el capitán y los suyos se retiraron por el lado opuesto y tomaron a toda prisa el camino de Cinaloa.

Habíase esparcido la voz en esta provincia de la muerte del capitán. Entristeciéronse mucho los Padres, y reuniéronse todos, que eran ocho, para deliberar sobre lo que habría de hacerse en un peligro tan grave. El P. Rivas, uno de los reunidos, nos dice que el día siguiente dijeron todos los Padres misa por el capitán y por los demás soldados a quienes suponían muertos en el campo de batalla (1). El mismo día, por la tarde, los consoló a todos el Señor con un soldado de los de Hurdaide, que vino a toda prisa, trayendo un papel

(1) *Ibid.*, c. 4.

escrito para el P. Rector Martín Pérez. Tomó éste en las manos aquel escrito, y delante de los Padres leyó estas palabras: «Dios perdone a esos hombres que me desampararon y pusieron a riesgo toda esta provincia. Yo y los soldados que conmigo quedaron, aunque heridos, estamos con vida y vamos caminando poco a poco, por el cansancio de los caballos y de los heridos. Y porque no se haga alboroto en la provincia con las nuevas que llegarían, despacho por la posta a ese soldado, que me ha sido muy fiel» (1). Alegrísimos con esta nueva, resolvieron el P. Rector y el P. Rivas salir al encuentro del capitán. «Encontramos, dice éste, aquella escuadra de soldados españoles, aunque pequeña, pero valerosa y libertada de tanto número de enemigos, con milagrosa providencia de Dios.» Los soldados de la vanguardia, que habían huído demasiado pronto, no se atrevían entonces a presentarse en público, temiendo el castigo del capitán. El P. Rector intercedió por ellos, y véase lo que respondió el cristiano Hurdaide, en presencia del P. Rivas: «A esta intercesión del P. Rector, con mucha serenidad y en mi presencia respondió el capitán: «Por lo que a mí toca, hágase lo que V. R. manda.» Y, en efecto, así se cumplió. Perdonó él a los soldados y aun intercedió con el Gobernador de Nueva Vizcaya, que quería formar proceso a los fugitivos (2).

4. Parece que con esta derrota se cerraba para siempre la puerta a la conversión de los valerosos indios hiaquis, y, sin embargo, la Divina Providencia la hizo de un modo tan singular y al mismo tiempo tan fácil, que pareció el hecho a nuestros Padres una especie de milagro moral. Es el caso que muchos caciques de los más prudentes entre los hiaquis empezaron a discurrir, que no les convenía tener guerra contra los españoles, y debían temer las acometidas de un capitán tan valeroso. Llamóles la atención que habiéndose reunido tantos millares de indios, y siendo tan poquitos los españoles, no habían podido ni matar ni cautivar uno solo. Es verdad que los jóvenes se mantenían tercios en su resistencia, y repetían que volviese el capitán valiente, que ellos le resistirían hasta morir; pero estos arrojos de la juventud no pudieron prevalecer contra los prudentes consejos de algunos ancianos, que deseaban la paz. Uno de estos caciques envió una hija suya al pueblo de los mayos, que ya estaban convertidos y en amistad con los españoles, como para tentar

(1) Rivas, *ibid.*

(2) Rivas, *ibid.*



el terreno y empezar las negociaciones de la paz. Dos caciques mayos con quienes habló la joven, le representaron que sería muy fácil hacer alianza con los españoles, como ellos la habían hecho, y significaron las ventajas que de esta alianza se seguirían, como podía verse en los pueblos mayos, que gozaban de tanta paz y obtenían algunas cosas que ellos estimaban, del comercio con los españoles. Volvió la joven con esta embajada a los hiaquis, y ellos enviaron a otras mujeres, y aun vinieron algunos a discutir con los mayos sobre este punto.

En esta segunda venida se dieron más explicaciones, y los caciques mayos se ofrecieron a llegarse a Cinaloa, y tratar de palabra con el capitán Hurdaide sobre la paz y concordia con los hiaquis. Y diciendo y haciendo, vanse los mayos para Cinaloa, y proponen a su modo el plan de la concordia. En pos de los caciques mayos llegaron algunas mujeres de los hiaquis, que se presentaron también al capitán. A todos recibió benignamente Hurdaide, y se mostró prontísimo a concederles la paz, exigiéndoles solamente que devolviesen algunas piezas de plata que habían cogido en la guerra pasada, y los caballos que habían quedado entre ellos; que entregasen algunos rebeldes oconis que se habían refugiado en aquel país, y que recibiesen de paz a los Padres de la Compañía, quienes les enseñarían a ser hombres buenos y honrados. Para asentar estas paces significó que debían venir indios principales de los hiaquis, pues no parecía prudente establecer alianzas, no teniendo delante de sí más que algunas mujeres y caciques de los mayos, quienes no podían pactar en nombre de los hiaquis. Parecieron justas las proposiciones del capitán, y a los pocos días una tropa de 150 personas de las principales entre los hiaquis presentáronse en la villa de Cinaloa. Entregaron algunas cosas de plata que habían arrebatado, y se excusaron de no haber traído los caballos, porque no los habían podido sujetar. Estos hiaquis visitaron algunos pueblos cristianos, vieron cómo allí se vivía, tuvieron alguna noticia de los Padres y de la ley que predicaban, y todo les movió a desear entablar la concordia y a recibir el Evangelio (1).

Antes de emprender la conquista espiritual de una tierra tan considerable, juzgaron nuestros Padres necesario dar cuenta de ello, no sólo al P. Provincial de Nueva España, sino también al Virrey, Marqués de Guadalcázar, porque estaba prohibido acometer empresas y descubrimientos considerables sin la aprobación de Su Excelencia.

(1) Rivas, *ibid.*, c. 5.

Fué enviado a Méjico para esta negociación el P. Andrés Pérez de Rivas, que nos ha conservado la historia de estos sucesos. Habló con el Virrey y con nuestro P. Provincial, y ambos resolvieron intentar esta empresa, que se presentaba tan halagüeña, así en lo espiritual como en lo temporal. Despacharon, pues, al P. Rivas, dándole por compañero al P. Tomás Basilio, italiano, que acababa de llegar de España, y ambos Padres se encaminaron al Norte. Llegando cerca de Durango por Noviembre de 1616, supieron la rebelión de los tepihuanes, de que luego hablaremos, y hubieron de torcer el camino para no tropezar con los rebeldes. Por fin, después de muchos rodeos y no pequeños trabajos, entraron en Cinaloa y empezaron a disponer la jornada para los hiaquis.

«El día de la Ascensión de 1617, dice el P. Rivas, los dos Padres nos partimos sin compañía alguna de soldados de escolta ni otros españoles» (1). Entraron en las tierras de los hiaquis sin más comitiva que cuatro indios zuaques, que debían servir de catequistas y para ayudar a misa, y también, dice Rivas, para ser padrinos de los que se habían de bautizar. Habían avisado antes a los caciques hiaquis de su entrada, y éstos tuvieron el cuidado de reunir en unos cuantos pueblos a los indios de sus parcialidades. Según entraban en la tierra, observaron los Padres que los hombres y mujeres, y hasta los niños, mostraban en las manos unas crucecitas hechas de caña, y con esto se animaron mucho, pues era indicio de que deseaban realmente hacerse cristianos. «Llegados al pueblo primero, fuimos recibidos, dice Rivas, con arcos, aunque triunfales y de alegría, pero humildes, de ramas de árboles.» Reunido todo el pueblo en torno de los Padres, y con grandísima avidez, empezaron a escuchar lo que les decía el P. Rivas, que sabía su lengua, porque su compañero no la había podido aprender todavía. Anuncióseles la existencia de un Dios Criador; la vida futura que han de tener las almas, recibiendo el premio o castigo que merezcan en esta vida con sus buenas o malas obras. Oyeron los hiaquis con mucha atención y con muestras de aceptar la doctrina que se les enseñaba. Declaróseles después la necesidad del santo bautismo para la salvación de las almas, diciéndoles cómo le recibían tantas naciones cristianas que poblaban las regiones vecinas. «Finalmente, añade Rivas, por remate de la plática, les dije daría principio a la doctrina de cristianos que habían pedido, bautizando primero a sus hijos pequeñitos; y diciendo y haciendo, vestíme

(1) *Ibid.*, c. 8.



sobrepelliz, estola y una capa de coro de damasco blanco que para este efecto llevaba, y se dió principio al bautizo de los hiaquis. Habíanse juntado unos doscientos niños de siete años para abajo, y con mucho gusto de sus padres y mayor mío fueron bautizados, con que se concluyó la misión de este dichoso día.»

Tres días solamente se detuvieron en el primer pueblo, y pasaron adelante a visitar otros tres, donde estaban reunidas más de 1.000 familias. Repitió el P. Rivas la plática y el bautizo de los parvulitos que había hecho en el primer pueblo, y observaba que toda la gente recibía bien sus enseñanzas, aunque de vez en cuando tropezaba con hombres algo rebeldes, y advertía que conservaban algunos indios sus flechas en la mano. Uno tras otro visitó en esta forma todos los pueblos situados en las riberas del Hiaqui. Tuvo cuidado de mandar construir en cada uno un grande y espacioso jacal, que sirviese de iglesia. Allí reunía a la gente; allí enseñaba el catecismo; allí bautizaba a los niños, y poco después empezó también a bautizar a los adultos, que se mostraban más dóciles de lo que se había pensado.

Al año siguiente empezaron a construirse algunas iglesias de madera. Déjase entender que eran edificios pobrísimos y rudimentarios. Con todo eso adelantaba la fe en aquellos pueblos, aunque en los del río bajo o más vecinos al mar halló el P. Rivas mucha más dureza que en los pueblos altos. En 1618 hizo una visita a estos pueblos el capitán Diego Martínez de Hurdaide, quien entró acompañado de 30 soldados en sus caballos de armas y con algún número de criados que le sirvieran. Los hiaquis le recibieron con muestras de mucha alegría. Visitó los principales pueblos hasta el mar, y aunque no dejaba de llevar mucha cautela y hacía la guardia con puntualidad, sin embargo, no tuvo la menor molestia ni padeció agresión alguna de nadie. Él hacía razonamientos por medio de indios intérpretes a los hiaquis; les daba a entender el buen deseo que tenía de su bien; les exhortaba a obedecer a los Padres, diciéndoles que ellos enseñaban el camino de la felicidad eterna; y bien festejado por todos, procuró poner gobernadores y alcaldes e introducir los primeros lineamientos de la vida civil en aquellos pueblos aglomerados en las riberas del río. Para entonces, según nos dice el P. Rivas, llevaba él bautizados 4.900 párvulos y 3.000 adultos (1).

Tres años corrieron en esta continua faena de catequizar a los

(1) Véanse todos estos sucesos referidos por el P. Rivas desde el capítulo 8.º hasta el 14 del libro V.

indios. El P. Tomás Basilio, que había aprendido la lengua, secundaba los esfuerzos del P. Rivas, y ambos cogían la mies espiritual a manos llenas, cuando el año de 1620 determinaron los Superiores llamar al P. Rivas a Méjico, para emplearle en otros oficios. Partió el misionero, después de haberse empleado diez y seis años en las misiones de infieles, y en adelante no sabemos que trabajase en ellas, pues la santa obediencia le ocupó en cargos de gobierno, y hasta fué Provincial, como ya hemos indicado. Sucedióle en el puesto el P. Cristóbal de Villalta, y dos años después entraron otros Padres que adelantaron notablemente la cristiandad. Desde 1622 empezaron a construirse iglesias de cantería, y cada vez fué formalizándose más esta misión, que a los pocos años contaba 30.000 cristianos, bien enseñados y dóciles a la dirección de los Padres.

5. Retrocedamos 150 leguas al sudeste de los hiaquis, y en la cristiandad de los tepehuanes contemplemos una lastimosa tragedia. En el tomo anterior referimos los principios de la conversión de estos indios desde 1596. Durante veinte años observaron los Padres que el número de conversiones era entre esta gente menor que en otros países. Además, entendieron que no les entraban las cosas de la fe tan adentro, y el P. Rivas, pasando por los tepehuanes en Setiembre de 1616, hizo esta observación, que debemos recoger: «Caminando yo, dice, de Cinaloa para Méjico, estuve con algunos de los Padres que doctrinaban a los tepehuanes, y me llevaron a que viese algunos de sus pueblos. Esta vista causó en mí dos efectos: el uno de novedad en la gente, en quien no veía el cariño a la Iglesia que tenía experimentado en nuestras naciones cristianas cinaloenses; ni tenían los tepehuanes ni mostraban aquel tinte de cristiandad ni trato afable con los Padres, sus ministros, que en otras naciones se veía» (1).

Estando así predisuestos estos pobres indios cristianos, que no pasarían de 3 á 4.000, permitió el Señor que se suscitase entre ellos un famoso hechicero, quien, llevando consigo cierto idolillo, empezó a calentarles las cabezas, exhortándoles a degollar a los Padres y acabar de una vez con los españoles, para volver á su antigua vida, libre y salvaje.

Recorriendo una tras otra las rancherías de cristianos, y juntando otros muchos gentiles, logró por fin persuadir su dañado intento, y en el mes de Noviembre de 1616 un gran número de tepehuanes resolvieron dar un golpe de mano y acabar de una vez con

(1) Rivas, *ibid.*, l. X, c. 12.